

TZINTZUNTZAN

MICHOACÁN



CONACULTA • INAH

ARQUEOLOGÍA: DIÁLOGOS CON EL PASADO

Tzintzuntzan

“Lugar de colibríes” o “... del colibrí mensajero” son dos posibles traducciones para el vocablo *tzintzuntzan*, nombre de esta antigua ciudad localizada al oriente del lago de Pátzcuaro. Dicha voz deriva de la lengua tarasca –purépecha, de acuerdo con sus actuales hablantes–, propia del grupo étnico que aquí se estableció en época prehispánica. Parece factible que su apelativo original fuera Mechoacan, como se le llamaba en lengua náhuatl; e incluso que de ahí surgiera la designación del actual estado.

En la *Relación de Michoacán* –documento del siglo XVI adjudicado al fraile Jerónimo de Alcalá– se hace referencia al sitio como una de las tres cabeceras importantes en que estaba dividido

el llamado Reino Tarasco. Los otros dos lugares eran Ihuatzio y Pátzcuaro; sin embargo, de la lectura de tal escrito también se infiere que el grupo se consolidó como casta hegemónica en Tzintzuntzan.

El crecimiento y la importancia de las tres ciudades fueron posibles gracias a su estratégica ubicación respecto del lago; si bien del mismo modo influyeron otras situaciones de tipo social, político y sobre todo económico. La ciudad de Tzintzuntzan fue además guarnición administrativa principal, y el más importante punto religioso en la región. Se menciona el año de 1450 d.C. como fecha de su fundación. Los habitantes locales reconocen al sitio como Las Yácatas, otra palabra indígena que significa “piedras acomodadas”.



El trabajo en metal y el comercio de productos diversos

Entre los productos que comerciaba este grupo con sus vecinos, figuraban los metales, de alguna manera no trabajados o desconocidos entre la mayoría de los pueblos contemporáneos. La plata, el cobre y el bronce se manejaban de diferentes maneras, aunque por supuesto el metal más codiciado fue el oro, preciado mineral que era extraído tanto de la sierra de Coalcomán, en la llamada Tierra Caliente, como rescatado entre los placeres rumbo a la costa. La fama de estos yacimientos y riquezas fue tal, que se convirtió en una obsesión para los europeos que llegaron aquí con Cristóbal de Olid al frente. Don Nuño de Guzmán –el más aguerido de los conquista-

dores– por supuesto propició la búsqueda de tales riquezas. Aunque en Tzintzuntzan no se han localizado tantos objetos de metal, sí destacan las piezas encontradas en otros lugares marcados como sitios purépecha. Entre los ejemplos hallados prevalecen los cascabeles, diademas, anzuelos y agujas; pero también hay máscaras, pinzas y hachas. Las formas y motivos de algunos de estos ornamentos son extraordinariamente parecidos a otros descubiertos en Oaxaca, en el Área Maya, en Colombia y en Perú. Por otro lado, los engarces de casquillos de oro en objetos tallados en obsidiana, como los bezotes, son únicos. De las técnicas para trabajar

destaca el martillado y el laminado, así como el fundido, la utilización de soldadura, o la llamada cera perdida, que igual se utilizó junto con la falsa filigrana. Es seguro que los objetos que había en este lugar fueron arrasados por los conquistadores.

Desde luego, para aquellas sociedades prehispánicas había otros productos igual o más codiciados que el oro. Ejemplos de ello son el cacao, el algodón, las plumas y las maderas finas, que eran explotados más o menos en las mismas zonas cálidas. Aunque, sin lugar a dudas, la sal y las conchas marinas fueron también de los productos más buscados, preciados y requeridos, tanto para la supervivencia de los

Datos culturales

A partir de la ya mencionada *Relación de Michoacán*, se infiere que los pobladores y constructores de Tzintzuntzan llegaron a la cuenca del lago de Pátzcuaro procedentes del norte. Es decir que era un grupo migrante, perteneciente a esos supuestos cazadores llamados “chichimeca”. Se piensa que tuvieron una primera estadia en terrenos cercanos al actual Zacapu (*Tzacapu*), que se reconocían como descendientes de un ancestral linaje *Uacúse-*

cha (“pueblos del águila”), y que seguidamente establecieron alianzas con los pobladores del lago, de la tierra firme y las islas. Entre estos últimos había grupos de origen nahua además de otros antiguos parientes que ya radicaban en la región. Así, los recién llegados eligieron como sede para sus nuevas comunidades a los tres lugares clave mencionados: Pátzcuaro, Ihuatzio y Tzintzuntzan, amén de la mayoría de comunidades que hoy circundan al lago, tales

como *Urichu*, *Tócuaro* o *Erongarícuaro*, donde incluso perduran vestigios culturales de tiempos previos a su llegada.

Su mismo lenguaje es un enigma, toda vez que se le han encontrado relaciones con idiomas ajenos y lejanos a Mesoamérica, tanto con el zuni del actual sudoeste de Estados Unidos como con el quechua andino y, en una escala mayor, con el chibcha colombiano. Es posible que en cualquiera de esas regiones pudiera existir

un origen remoto para este grupo. Lo cierto es que localmente hay pocas referencias para un comienzo de esta civilización tardía, la cual de todas maneras logró mantener bajo su dominio a casi la totalidad del actual estado, así como a ciertas porciones de los modernos Jalisco, Colima, Guerrero, Guanajuato y Querétaro. Se piensa que los límites de su territorio abarcaban un área de más de 75 mil kilómetros cuadrados, y también que entre los ríos Lerma y Bal-

sas controlaban la producción de materias primas y productos naturales regionales, mismos que eran distribuidos dentro de su territorio.

Por eso este señorío llegó a confrontarse con aquel otro osado grupo contemporáneo que fue el mexica, una sociedad guerrera característica por su belicoidad que, sin embargo, no pudo derribar los bastiones purépecha.

pueblos como para sus ritos funerarios. Los purépecha se constituyeron como custodios y controladores de tales bienes, sobre todo los provenientes del mar, lo cual les valió la enemistad de más de una comunidad de entonces, entre otras la de los mexica o azteca. A pesar de todo, el pueblo tarasco consiguió vivir en una situación privilegiada, que fue posible gracias a la proximidad de lagos como Pátzcuaro, Zirahuén, Cuitzeo o Chapala, de donde se aprovisionaban de comida, materias primas, y gozaban de formas muy efectivas para mantener sus comunicaciones lacustres.



Vasijas tarascas recuperadas en Tzintzuntzan

El Palacio (Edificio B)

En él se localizaron un empedrado y un canal rodeando a un patio (un impluvio); éste, a la vez, circundado por cuartos y un corredor que llegó a tener su techo sostenido por columnas, de las que sólo quedan las piedras de sus bases. En los escombros se hallaron restos humanos, entre los cuales se encontraron crá-

neos fragmentados y completos, algunos con deformación frontal intencional. Uno de ellos (masculino) tenía los dientes superiores limados en forma de "cola de golondrina", un tipo de mutilación dental supuestamente característico de este grupo étnico, el cual Nicolás León ya había reconocido en 1880.

Exploración y reconstrucción de la fachada poniente de la Yata 3 en 1978. Se localizó el frente de otra subestructura con el mismo diseño



Vista del Lago de Pátzcuaro desde el extremo noroeste de la Gran Plataforma



Xanapu decorado con figuras geométricas. Piezas de este tipo fueron reutilizadas en las fachadas; aun en las del ex convento local

Los petrograbados

En contraste con las escasas o desconocidas representaciones de dioses esculpidas en piedra o barro, son abundantes los relieves o petrograbados hechos sobre monolitos. Con formas más bien simples y por regla general geométricas, son un tema pendiente de conocer en todos sus significados. Espirales, líneas en zigzag, círculos concéntricos o meandros son las formas más utilizadas. Menos frecuentes son las figuras antropomorfas como *cocopelli*: un flautista. Así, aunque esquemáticas, son tan específicas que su distribución puede seguirse hasta o desde el norte de México, y aun por toda la costa del océano Pacífico.

Durante las temporadas de trabajo encabezadas por Alfonso Caso se descu-

brieron varios de estos relieves. Estaban incrustados en diferentes edificios, sobre todo en las yácatas. Sin embargo, se les puede encontrar reutilizadas, aun en el ex convento colonial local de San Francisco. Empero, en la zona arqueológica existe un grupo de piedras de gran tamaño, las cuales Caso apenas desenterró. Hace dos años se pudieron liberar completamente, dejando al descubierto un tipo de maqueta que tal vez se refiere a un promontorio o lugar especial, con diferentes accesos indicados por medio de escalinatas. El conjunto está rodeado por espirales, círculos y figuras en forma de "S" girada, la cual podría hacer alusión al huracán, o a un dios huracán, que pudo ser el propio *Tarés Upeme*.

Maqueta elaborada para la museografía original de la Sala de Occidente del Museo Nacional de Antropología, ca. 1964

Gran Plataforma

Se ha destacado que las yácatas son los monumentos más sobresalientes en el área y que en Tzintzuntzan descansan sobre una enorme plataforma. Dicha construcción es en realidad una descomunal terraza artificial, integrada a un remoto cono volcánico cercano, llamado *Yahuarato*. La terraza mide 450 m de largo por poco más de 250 m de ancho, integrada por varias toneladas de piedras acarreadas a mano. En su interior se albergan los vestigios de otras plataformas de menor dimensión, tal vez con igual número de yácatas encima; todo un conjunto construido en momentos previos de su historia. De esas infraestructuras sólo se conoce una parte de la yácata alojada debajo de la llamada Yácata 3.

La Ciudadela

Recibe tal nombre a causa de las diferentes construcciones ahí alojadas, para usos y funciones habitacionales o administrativas. La gran plataforma sirvió para soportar tales edificios de planta mixta, los templos que los coronaban, y al mismo tiempo funcionó como muro defensivo, integrando una verdadera fortaleza. Por lo tanto no es extraño que los españoles hayan utilizado este mismo espacio para vivir y guarecerse de cualquier posi-

Las Yácatas

La forma de estas construcciones resulta de la combinación de dos cuerpos geométricos: una porción piramidal de planta rectangular, hasta con diez cuerpos escalonados, paralelos y en talud, más otra sección con desplante semicircular hecha de la misma forma, lo cual da una silueta cónica. Por el sistema constructivo, queda la impresión de que se trata de andadores en talud. La realidad es que son varios cuerpos superpuestos iniciados desde un centro; centro que se fue aumentando hacia los lados y hacia arriba. Siempre con piedras lajas, sólo acomodadas y pegadas con lodo. Los cinco edificios principales de Tzintzuntzan, denominados Yácatas 1 a

5, tenían su acceso desde el oriente, por medio de una angosta escalinata con alfardas, de la cual únicamente subsisten mínimas evidencias. La arquitectura característica de esta ciudad es más o menos común en todo el territorio tarasco, y en cierta manera en algunas otras porciones culturales norteañas del país. Al sudeste de la zona abierta al público, pero en un nivel más alto sobre la ladera del cerro, hay otras dos yácatas, también sobre una plataforma artificial. Desde ahí se domina el conjunto de La Ciudadela, los demás edificios, otras zonas de terrazas al frente, y por supuesto el lago.

El Almacén (Edificio E)

Se trata de un conjunto habitacional compuesto por varios cuartos de dimensiones generosas, en torno a un patio central. Uno de los recintos de este conjunto tiene casi totalmente cerrados sus cuatro lados, de donde se ha sugerido que fue un granero, o el depósito para los bienes del reino y los productos de tributo. Las excavaciones hechas aquí dejaron al descubierto fragmentos de objetos tarascos y algunos otros de manufactura indígena, aunque con diseños europeos. De lo anterior puede concluirse que las construcciones fueron erigidas para las elites nativas residentes en el lugar. Estas edificaciones años después serían utilizadas por los europeos ahí perrechados, quienes las modificaron de acuerdo con sus propias necesidades. Se supone que esta traza urbana llegó a contar con más de treinta mil personas.

La religión

La antigua ciudad fue un centro de culto religioso y seguramente de peregrinación. Las edificaciones de los cinco templos estaban dedicadas tanto al dios creador *Curicaueri* (el Sol), como a sus cuatro hermanos, en los rumbos de la tierra. No se conocen representaciones de ellos, ya que, aunque era una religión politeísta, no se ha encontrado o detectado alguna expresión material reconocible de tales deidades. Quizá la única forma es la del cuchillo de pedernal o de cristal volcánico: la obsidiana (*tzinapu*), un arma mortal en la cual se centraba toda la fuerza de aquel dios primordial, generador de los demás. Por supuesto también es-

ta representado por el fuego creador y destructor, que era el sustento de sus creencias y su cosmovisión, en terrenos de alto vulcanismo como éste. Es muy probable que la fundación de la ciudad, entre laderas de volcanes, de frente a un lago y mirando hacia el poniente, resuma su mundo mitológico. Los documentos coloniales mencionan por igual a este centro como el recinto de *Cuerauáperi*, diosa madre y de los mantenimientos. Asimismo, se habla de *Xaratanga*, una importante deidad lunar equiparable con las diosas de fertilidad y opulencia, creadora de las nubes a quien también se veneraba en Tzintzuntzan.

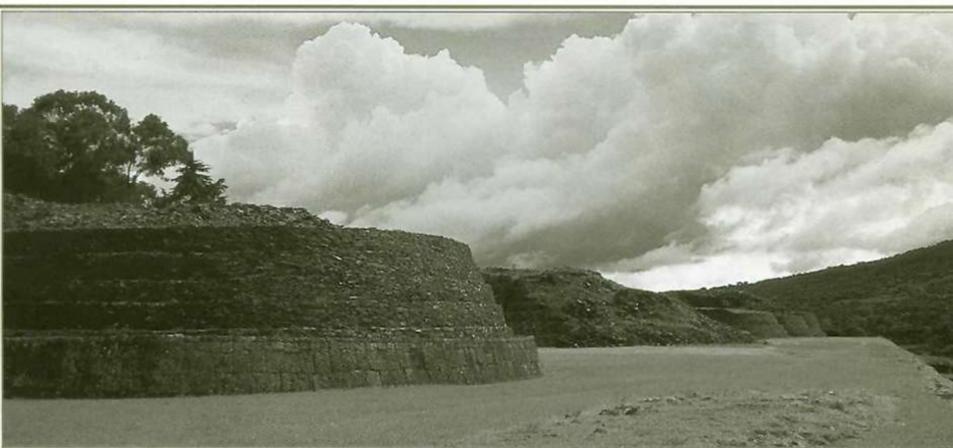
Del mismo modo, aquí tenía su asiento el señor de los muertos. Si se busca la continuidad de estos juegos de valores, de símbolos y atributos, es fácil comprender que si el origen de este grupo era migrante y norteaño, en su ideología más notoria radicaban entonces dichas creencias inspiradas en el fuego purificador y la cremación de los difuntos. He ahí una posible explicación para la gran cantidad de huesos humanos quemados al pie de los edificios principales. En la *Relación de Michoacán* se describen e ilustran matanzas de grupos de enemigos cautivos, los cuales seguramente eran inmolados para el insaciable dios *Curicaueri*.

Al centro de la imagen: Edificio D y rampas de acceso o nivelación

Orejeras de obsidiana gris, la mayor con incrustaciones de turquesa. Tamaño real aproximado



Vista actual de las Yácatas desde el sur



Desplante de los muros de la Yácata 5. Se puede ver la parte inferior de su fachada, aún recubierta con losas de escoria volcánica (xanamu) 1938



Vista actual de la Yácata 5

Para Tzintzuntzan se cuenta con el llamado "Mapa de Beaumont", que en realidad es un croquis que data de 1540. El mismo fue dado a conocer por fray Pablo Beaumont hacia finales del siglo XVIII, en sus *Crónicas de Michoacán*. En él se destacan características generales que refieren la existencia de una gran plataforma que predomina en el lugar, y se señala cómo esa elevación estaba coronada con cinco *cuicillos* (yácatas). Incluso las define como "Yácatas del Rey" o "aposento de los reyes tarascos". Beaumont incluyó además un levantamiento hipotético de la ciudad y señaló cómo otro

clérigo, de nombre Domingo Reyes Corral, destruyó gran parte de esos edificios en su afán por descubrir las estructuras y desentrañar sus secretos. Para finales del siglo XIX se cuenta ya con las reseñas de Nicolás León, quien a su vez afirma que durante 1880 él mismo exploró en esta porción y encontró sepulcros intactos. En cambio describe acciones destructivas por parte de Ignacio Traspeña, otro cura que en 1852 pretendió hallar adentro de la yácata central (la número 3) los tesoros supuestamente albergados allí. Tiempo después, el inglés Charles Harford, ya con permiso del gobierno del estado (aunque quizá sólo lo obtuvo del dueño del predio) incursionó en la zona en 1888. Por supuesto, y a decir de León, dicho señor igualmente anhelaba descubrir la puerta que daba ingreso al centro de un gran salón, con fabulosas riquezas. Sin lugar a dudas, de todas esas incursiones la Yácata 3 resul-

tó la más dañada de las cinco.

En 1937 iniciaron los estudios sistemáticos y profesionales en Tzintzuntzan. Le tocó encabezarlos al arqueólogo Alfonso Caso, quien fue comisionado directamente por el entonces presidente de la República, general Lázaro Cárdenas. De esta manera, Caso tuvo que dividir sus temporadas de campo entre Oaxaca y Michoacán, e incluso repartir el presupuesto que tenía destinado para Monte Albán. Es posible además que, guiado por las discusiones o las lecturas de otros investigadores de su momento, quisiera buscar y entender las probables relaciones entre esta región purépecha y la peruana, pero sobre todo con la porción mixteca. Por tal visión, es factible que Caso se diera a la búsqueda de viables contactos culturales entre el occidente Meso y Sudamericano. Resulta sintomático, por ejemplo, que mencione en sus informes la probabilidad de localizar tumbas en Tzintzuntzan,

quizás esperando hallar un patrón funerario similar al de las necrópolis oaxaqueñas. Caso efectuó una segunda temporada en 1938, durante la cual exploró la Yácata 5, limitó su lado norte y el ángulo interior noroeste, describió la forma de estos edificios y señaló la superposición de estructuras en ellos. Asimismo entendió las técnicas constructivas, realizadas a base de capas de lasas pegadas con lodo y revestidas con losas labradas en escoria volcánica (*xanamu*). Durante esa nueva intervención también se encontraron interesantes osarios, gran cantidad de ceniza y objetos de cobre. Hacia el norte de la gran plataforma se localizaron gruesas capas de huesos humanos. La capa superior con partes de esqueletos calcinados y la inferior formada por huesos normales, si bien algunos huesos largos tenían muescas paralelas talladas (como instrumentos musicales). Durante esos trabajos Caso se hizo acompañar por una



parte del equipo en Oaxaca; su mano derecha, el arqueólogo Jorge Acosta, Daniel Rubín de la Borbolla, Armando Nicolau y el ingeniero Aquiles Rivera Paz, quien realizó un plano topográfico del sitio, en vista de que había hecho otros levantamientos por encargo del gobernador. Acosta incluso se dio tiempo para explorar en la zona vecina de Ihuatzio.

Entre 1941 y 1946 le tocó el turno al propio Rubín de la Borbolla,

para tomar a su cargo la dirección de las siguientes temporadas. Contó con el auxilio de Rafael Orellana y del entonces estudiante Román Piña Chán. En ese tiempo se pretendió conocer los tipos cerámicos, producto de ofrendas y entierros en edificios, tomando en cuenta que los datos arquitectónicos eran insuficientes para colocar al complejo Tzintzuntzan dentro del horizonte cultural tarasco; además, para entender mejor la de-

finición de sus correspondientes épocas culturales.

A esos años pioneros le siguieron las intervenciones de diferentes arqueólogos y pasantes, ahora controlados desde la Dirección de Monumen-

tos Prehispánicos a cargo del propio Piña Chán. Así, a partir de 1962 se llevaron a cabo las temporadas séptima a novena, en las cuales participaron Ariel Valencia Ramirez, Joan L. Taylor, Doris Heyden de Álvarez y

otros estudiantes de la Escuela de Antropología del INAH.

A principio de los años setenta se aunaron a esas intervenciones los trabajos de la arqueóloga norteamericana Helen Pollard, quien recorrió y estudió el pa-

Técnicas constructivas y conservación

Tzintzuntzan es un sitio ejemplar para comprender la relación que existe entre la técnica constructiva de un edificio y su conservación a través de los siglos. En los informes de los trabajos arqueológicos resguardados en el Archivo Técnico de Arqueología del INAH, no se reporta la existencia de algún mortero, fuera de capas de barro, para el amarre de

los núcleos y las lajas en los cuerpos de las Yácatas. Aunque dicho amarre fue efectivo, dio como resultado que algunas partes de los taludes se derrumbaran.

Este tipo de construcción también facilitó el vandalismo, con la sustracción de piedras en general, sobre todo las de recubrimientos o *xanamus*, que fueron utilizadas en la cons-



trucción del convento franciscano del siglo XVI. Además, el deterioro se aceleró a raíz de las intervenciones hechas por investigadores no profesionales y saqueadores, realizadas durante el siglo XIX. Esto ha complica-

do no sólo la investigación, interpretación y consolidación de las estructuras, sino que dificulta la reconstrucción histórica del lugar, donde tanto queda por hacer.

Ángulo interior noroeste de la Yacata 5, durante los trabajos de reconstrucción en 1938

trón de asentamiento general de toda la antigua población tarasca. Consiguió de los Archivos de Inteligencia, de Washington, D.C., las fotos aéreas de los años cuarenta, y levantó interesantes planos de toda el área. También excavó en varios puntos hacia el oriente de las yácatas, en una porción conocida como "La Ciudadela". Poco después el INAH retomó las investigaciones, dirigidas por el ya doctorado Piña Chán, y como director del Centro Regional México-Michoacán, en 1977 y 1978. Para las temporadas que él condujo contó con el auxilio de Rubén Cabrera, entre otros arqueólogos. En esta oportunidad se exploró en la periferia del centro ceremonial y se continuó la exploración de las Yácatas 2 y 3, definiéndose una interesante subestructura al frente de ese codiciado edificio central núm. 3. Por igual se trabajaron otros sectores y complejos habitacionales en La Ciudadela, entre ellos el Edificio E, la Estructura B, y se reanudó la investigación de "El Palacio" iniciada por Alfonso Caso. De igual manera se hi-

Fachada poniente de la Yácata 3, con recubrimiento de losas cortadas (xanamu). 1938

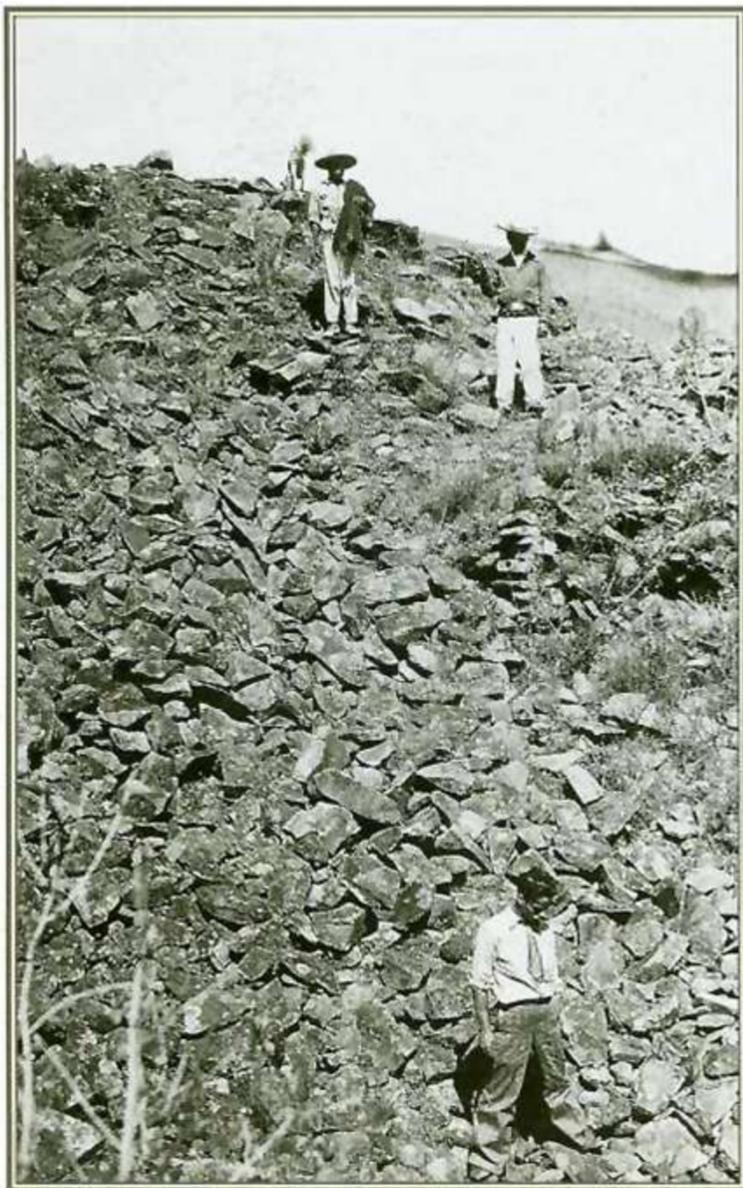
cieron investigaciones en las áreas que circundan a la plataforma artificial, sobre la cual descansan las yácatas. Es en 1992 cuando el arqueólogo Efraín Cárdenas asume el desarrollo de la undécima temporada de trabajo en el lugar, durante la cual consolidó y restituyó volúmenes en la porción norte de la Plataforma Principal. En ese tiempo se delimitó y reguló la compra de terrenos a favor del INAH, y se cercó con una malla ciclónica el sector de más de 2,300 m² que corres-

ponden a la zona abierta al público. También se construyó la unidad de servicios que incluye al Museo de sitio, y se elaboraron cédulas descriptivas para el interior de la zona. En cuanto a exploración, se pudo identificar el

desplante de esa gran estructura y de los tres niveles en que fue construida. Además se detectó otro osario, similar al que en su momento Caso y Borbolla hallaron asociado a El Palacio.

Finalmente, durante los años 2000 y 2001, con nuevos esfuerzos, otros recursos humanos y el apoyo de la Sedesol, se continuó la consolidación y restitución de la fachada oriente, porción sur, de la tan maltratada Yácata 3. Asimismo, se completó la exploración del llamado "Almacén" (Edificio E); se le dio mantenimiento al antiguo campamento, construido en los años sesenta, acondicionan-

do nuevos espacios para bodegas cercanas al museo, y se ha iniciado la búsqueda de una nueva presentación y animación para la zona. Estas acciones, que también incluyeron el empedrado del camino de acceso al sitio desde la población actual, fueron realizadas por un equipo de trabajo coordinado por Arturo Oliveros. Ahora se pretende que el lugar cuente además con sistemas audiovisuales que completen la información sugerida por los vestigios arqueológicos, documentos históricos y la tradición oral.



Uno de los derrumbes en la Yácata 3, provocado por los muchos saqueos que sufrió, ca. 1937



Cómo llegar



La zona arqueológica se localiza a las afueras del poblado del mismo nombre, en la orilla nororiental del lago de Pátzcuaro. Desde la ciudad de Morelia se toma la carretera federal 120, la cual conduce a la ciudad de Pátzcuaro. Tres kilómetros antes de llegar a ésta se toma la desviación a la derecha, rumbo al poblado de Quiroga.

